



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Homilía en la Santa Misa de la Jornada por la Vida
Soria – 26 de noviembre de 2011**

Queridos hermanos:

Un año más el Papa Benedicto XVI nos convoca a todos los católicos a unirnos a él y a toda la Iglesia en una oración especialmente ferviente comprometida y urgente por la vida. Nos urge a esta oración ferviente y comprometida porque la vida de cada ser humano es sagrada. Tiene su origen en el amor eterno de Dios, que ha querido que cada persona sea imagen de su gloria y participe de la misma filiación de su Hijo.

La vida es siempre un bien y cuidar la vida un deber. Sin embargo existe en la actualidad una oscuridad que lleva a no apreciar la belleza y la grandeza de cada vida humana, amada eternamente por Dios. Dicha oscuridad afecta en primer lugar al reconocimiento de la dignidad personal del ser humano desde el mismo momento de la concepción. Así lo ponen de manifiesto todas las leyes aprobadas a favor del aborto y especialmente la última aprobada en España sobre el mismo, que hace de este crimen un derecho.

Pero esta oscuridad sobre el origen sagrado de la vida y la dignidad absoluta de la cada vida humana, llega también a otros momentos de la existencia de las personas, en las que éstas experimentan la fragilidad. Tal es el caso de la situación de personas en situaciones graves de enfermedad, minusvalías físicas y psíquicas, momentos de pobreza, de soledad, de la debilidad que acompaña al paso de los años y el momento del ocaso.

La vida humana, cada vida humana, tiene un origen sagrado y una dignidad absoluta en todos sus momentos, y nadie tiene derecho sobre ella, ni siquiera la propia persona sobre su propia vida. Sólo Dios es su origen y su dueño. El Señor, como recuerda San Pablo en la Carta a los Efesios, nos dice que *“Dios nuestro Padre nos eligió en Cristo antes de crear el mundo para que fuésemos santo e irreprochables ante él por el amor y Él nos ha destinado, por medio de Jesucristo, por pura iniciativa suya a ser sus hijos”* (Ef 1, 4-5).

La elección eterna de Dios en Jesucristo a ser sus hijos y responder a su amor es la LUZ que ilumina la existencia concreta de cada persona y le hace descubrir su propia dignidad y la dignidad de la vida de los demás; es la luz que le aporta la certeza de que está llamado a dar fruto que permanezca.

Este amor incondicional del Padre se ha manifestado en plenitud en el envío de su propio Hijo, que entrega su sangre por todos y cada uno de los seres humanos. Así, la grandeza y belleza de cada vida humana se mide no por lo que tiene o consigue, sino por el precio de la sangre de Cristo por la que ha sido

rescatado. Esto es lo que realmente pone de manifiesto el valor incomparable de cada persona humana.

Esta dignidad permanece inalterada en todos los momentos y fases de la vida: siempre somos hijos de Dios y en todo momento podemos vivir en comunión con Jesucristo, que acompaña a cada persona en todo momento y de modo particular cuando la vida está marcada por el dolor, la enfermedad y la pobreza. (cf. Mt 25, 31-46); por eso la enfermedad no es motivo de abandono desesperado a la muerte, sino la confianza en Aquél que nos ama y llena de esperanza el sufrimiento.

Sólo este amor del Padre es el que nos hace entender que, a pesar de las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor de Dios.

Para muchos es muy difícil hoy que se cuantifica el valor de la vida por los éxitos, el placer, la salud, los triunfos, etc., encontrar sentido a la vida en los momentos en los que a causa de las limitaciones, parece no servir para casi nada o cuando se padece y se sufre. Solamente desde la unión con Cristo en la cruz el sufrimiento queda traspasado por la luz del amor, aceptando, madurando y dando sentido al dolor, que se transforma en fuente de salvación, cuando se une al amor crucificado de Cristo.

En esta tarde estamos reunidos para rezar por la vida, por su defensa, por su respeto y el reconocimiento de su dignidad, de nuestra vida personal y la dignidad de la vida de los demás. Por eso, está más que justificado el clamor que elevaba el Beato Juan Pablo II en la Encíclica *Evangelium vitae*: *“Es urgente una gran oración por la vida que abarque al mundo entero. Que desde cada comunidad cristiana, que desde cada grupo o asociación, desde cada familia y desde el corazón de cada creyente, se eleve una súplica apasionada a Dios creador y amante de la vida”*.

El Papa Benedicto XVI llama a todos los católicos de todas las comunidades, de todas las parroquias, de todas las diócesis del universo católico a orar por la vida en estas vísperas del primer domingo de adviento.

Para ello nos hemos reunido en esta tarde nosotros para rezar por la vida en todos sus estadios y circunstancias, para concienciarnos nosotros y pedir por la concienciación de los demás en la valoración de la dignidad de cada vida humana, que procede de Dios, que fue rescatada por la sangre de Cristo derramada en la cruz y de la que sólo Dios es Señor y dueño y nosotros no podemos disponer de ella.

El Señor nos llama a que seamos verdaderos pregoneros del Evangelio de la Familia y de la Vida, respetando y enseñando a respetar la misma a los demás, porque es algo sagrado que Dios nos ha dado y que sólo Él tiene derecho sobre ella.

Que Santa María, que defendió de Herodes la vida de su Hijo, nos ayude a defender la vida de los indefensos y no nacidos. Que el ejemplo de tantas personas que vivieron su vida, su enfermedad, sus momentos de dolor y sufrimiento con verdadera entereza y esperanza, nos ayuden a nosotros a vivir y respetar la vida en

esos momentos más difíciles, sabiendo unirla a la de Cristo y ofreciéndola por la salvación de los hermanos, defendiendo su valor y dignidad hasta que el Señor, dueño de la vida, nos llame a su lado para entregarnos para siempre la vida y la salvación eternas.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria